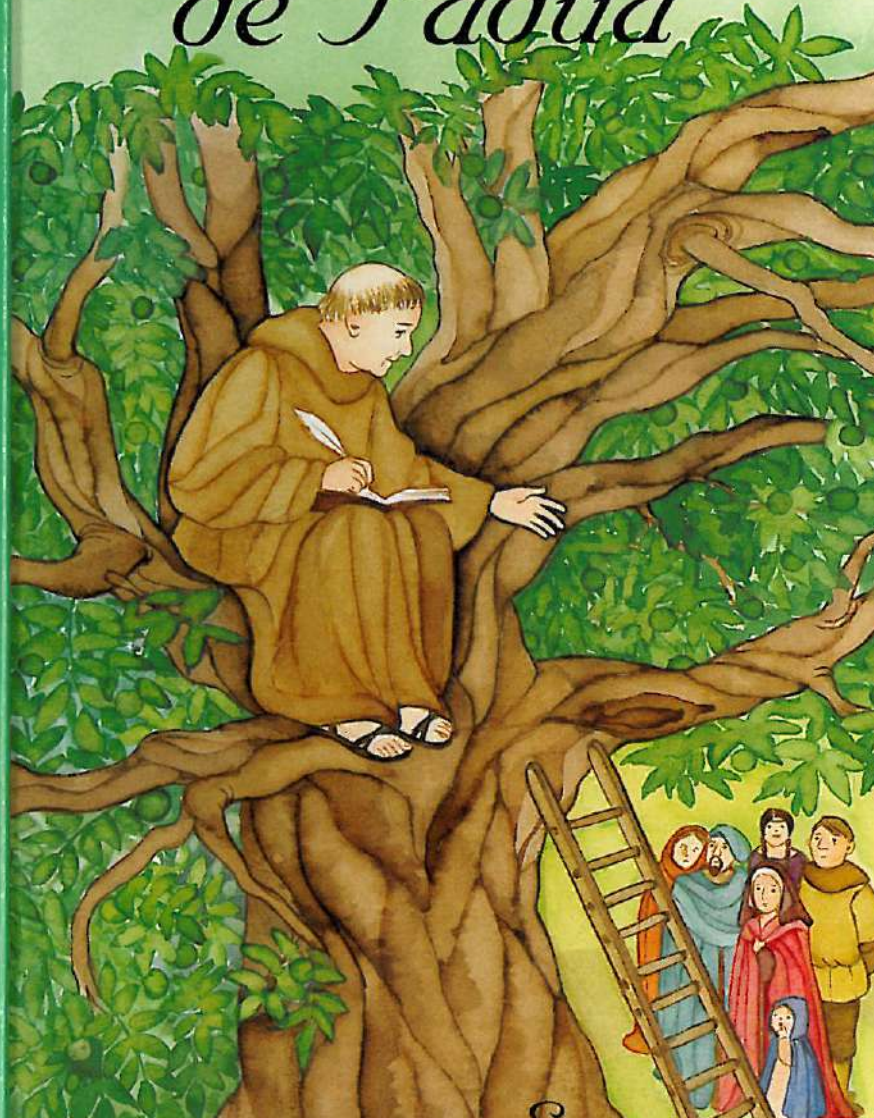


EDITORIAL MONTE CARMELO

San Antonio de Padua



SAN ANTONIO DE PADUA

Por los caminos del Evangelio



**¿Conoces la historia de San Antonio de Padua,
el «santo de los milagros»,
el «santo de todo el mundo»?**

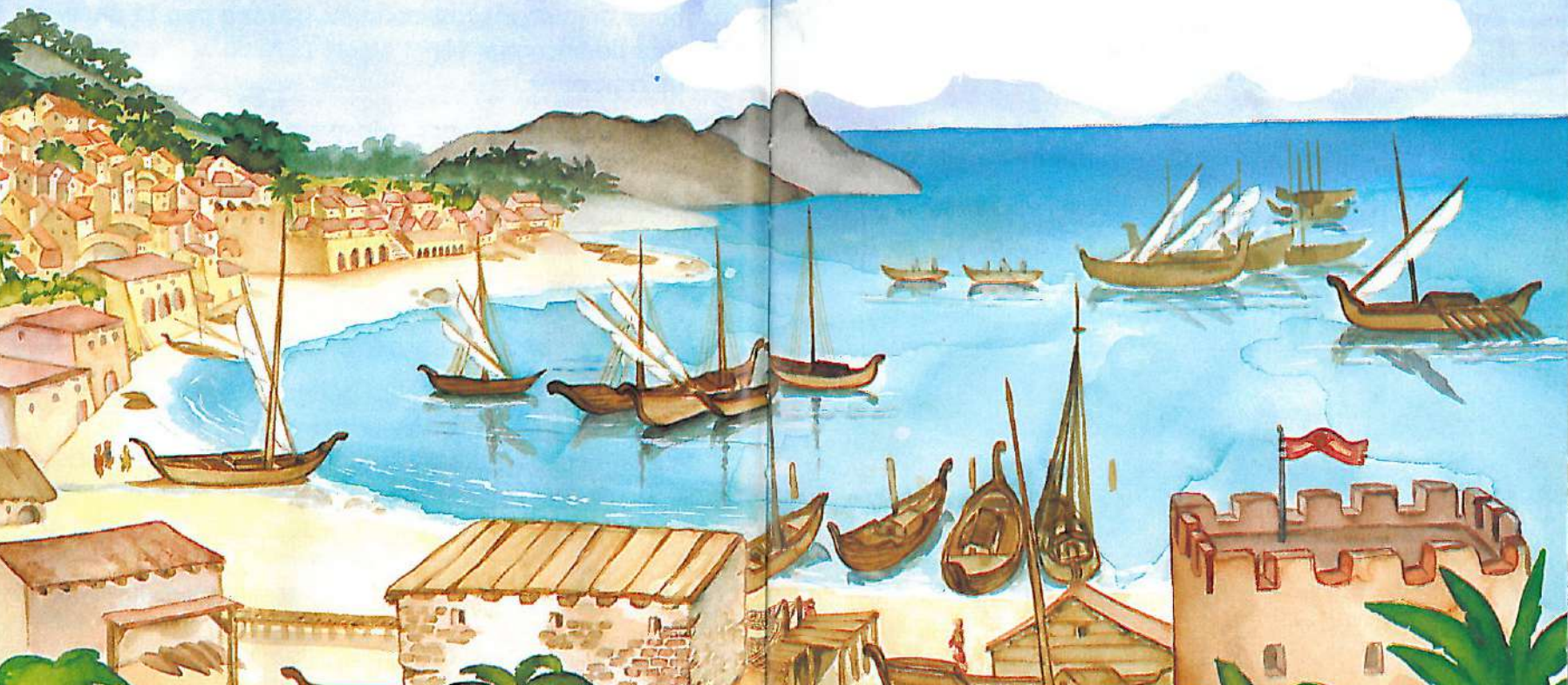
**Nacido en el seno de una familia noble,
san Antonio tenía ante sí un brillante porvenir.
Pero lo dejó todo y se hizo franciscano.**

¿Sabes por qué?...

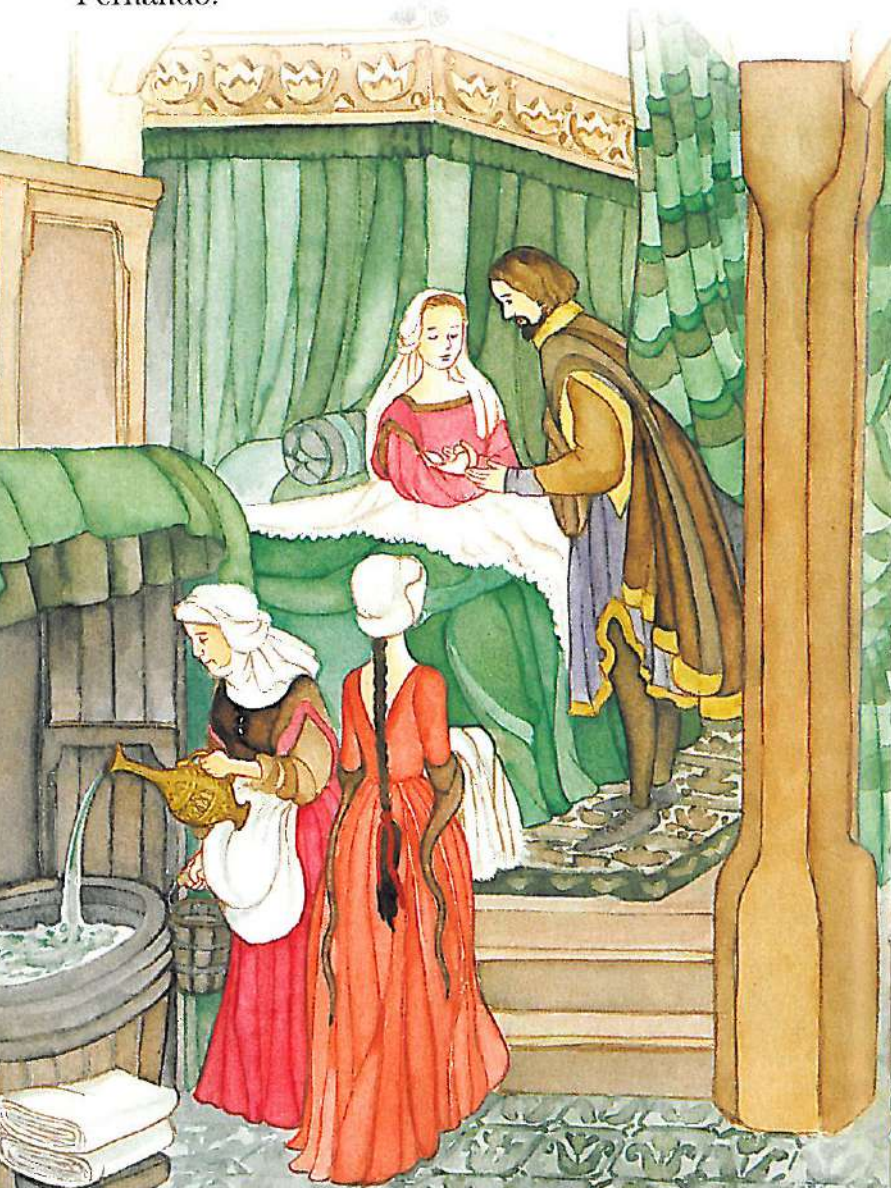


Editorial Monte Carmelo

Antonio nace bajo el cálido sol de Lisboa, capital de Portugal, un hermoso país bañado por el Atlántico, y que es, en consecuencia, patria de pescadores y marineros. Algunos de ellos se echaban a la mar para descubrir lejanas tierras, otros para evangelizar el mundo.



Erased una vez..., hace mucho tiempo, en el verano de 1195, cuando nació Antonio. En realidad se llamaba Fernando.



La vida se le presenta hermosa y placentera, pues nace y crece en un hermoso palacio, rodeado de sirvientes y doncellas. Don Martín, su padre, es un noble caballero al servicio del rey de Portugal.



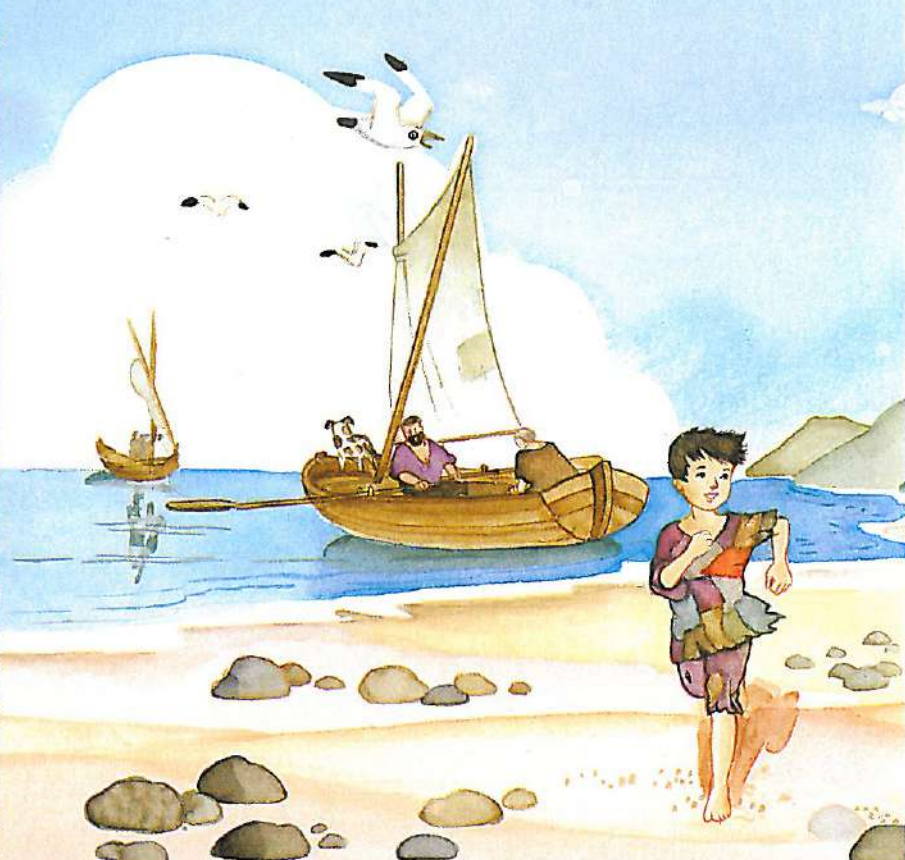
Sus padres, fervientes cristianos, le inculcan desde la más temprana edad el amor al Señor. Por la noche, antes de dormir, su madre suele contarle la vida de Jesús, el Hijo de Dios, que vino al mundo por amor para salvarnos. Con la ayuda de Dios, Fernando va creciendo alegre y feliz.



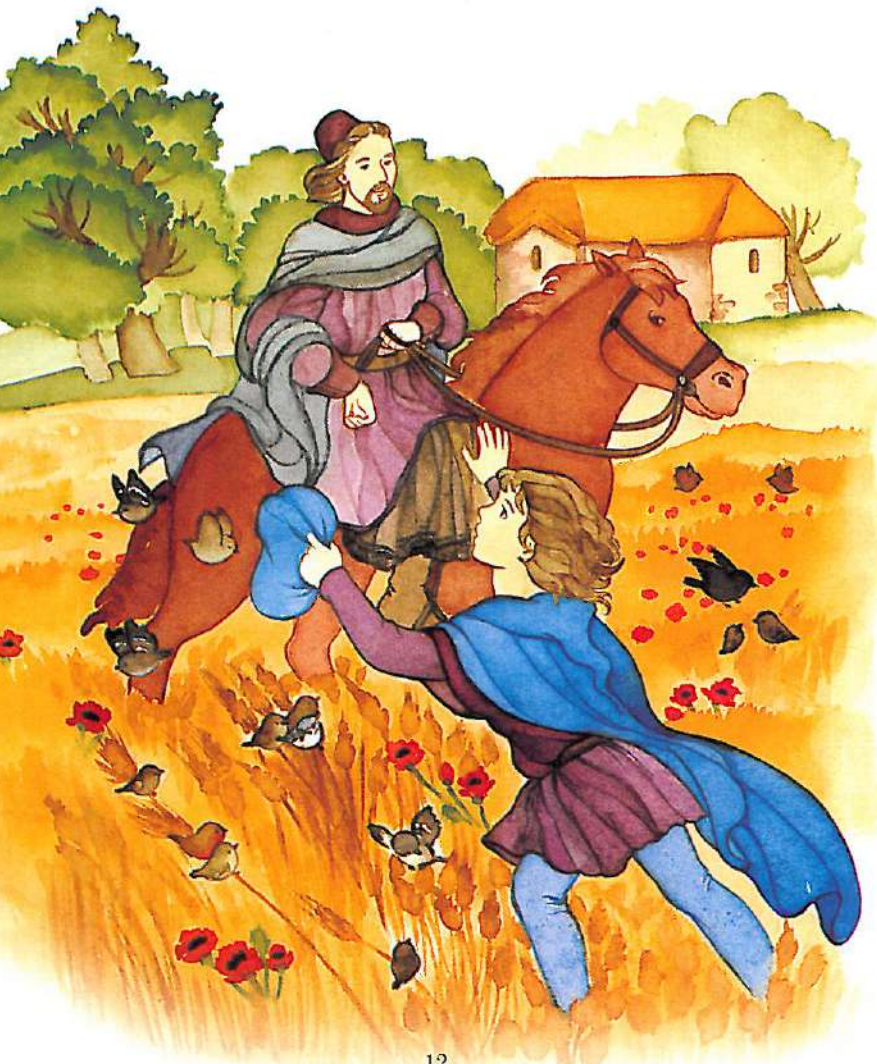
Sin embargo, recibe una educación muy estricta y severa. Aprende el manejo de las armas, pues su padre quiere hacer de él un noble caballero. Para ello se le exige comportarse en todo momento con coraje y nobleza. La disciplina es rigurosa.



De niño, a Fernando le gustaba montar a caballo y cabalgar por las soleadas y coloridas praderas de la campiña portuguesa. Tal vez a ti te hubiera gustado ser uno de sus amiguitos para cabalgar con él por los risueños campos de Portugal o por las cálidas playas a orillas del océano.



Se cuenta que, una vez, cuando Fernando visitaba las tierras con su padre, éste estalló en cólera al ver cómo una bandada de pájaros destruía su cosecha. Don Martín, indignado, le ordenó al joven Fernando que espantase a aquellos ladronzuelos de granos para salvar al menos una parte de la cosecha.



Pero Fernando no pudo hacerlo y se fue a una capillita que había visto muy cerca de allí. Entró y oró, invitando a las aves a seguirle. Y, ¡oh sorpresa!..., toda la bandada se introdujo en pocos minutos en el interior. Don Martín se quedó boquiabierto al ver a su hijo rodeado de docenas y docenas de aves...



Pronto Fernando va al colegio de los agustinos, una Orden de religiosos muy sabios. Su tío, a quien Fernando admira mucho, es uno de los frailes. En aquella época, los hijos de los caballeros nobles no estaban obligados a ir a la escuela, pero a Fernando le gustaba mucho leer y aprender cosas.



A medida que va creciendo, en el corazón del joven Fernando aumentan los deseos de seguir a Jesús y ser sacerdote agustino. Un día, les habla a sus padres de sus intenciones, a pesar de su corta edad. Aunque ellos esperan que su hijo llegue a ser caballero del rey, le conceden la autorización. Fernando se consagra así al servicio del Rey del universo, en lugar de al servicio del rey de Portugal.

A la edad de 15 años, Fernando ingresa en el noviciado de los agustinos, en Lisboa, pues desea conocer la historia de Dios para enseñarla a los demás. Quiere que los hombres conozcan y amen al Señor.



Sus amigos lo visitan con cierta frecuencia, le hablan de sus largas cabalgadas y sus muchas otras diversiones. Hablan y bromean sin parar. Sin embargo, poco a poco acaban molestando a Fernando en la vida de silencio que ha escogido... Esa calma apacible donde le gusta escuchar y hablar con Jesús.



Un día Fernando, siendo ya joven novicio, le pide al superior que lo mande a otro convento lejos de Lisboa, lejos de sus amigos y de su familia, con la intención de orar y poder sumergirse de lleno en su relación con Jesús, y para profundizar en sus conocimientos de las Sagradas Escrituras.



Así, Fernando parte para Coimbra, una ciudad en la que la universidad y sus muchos conventos le van a permitir gozar de esa atmósfera de estudio y de paz que tanto anda buscando, para poder prepararse para ser sacerdote.

En su nuevo convento Fernando descubre una fabulosa biblioteca con miles de libros de gran valor. Le encanta ir allí para leer, estudiar y orar. Esa es la gran pasión de Fernando, los libros, y entre todos ellos la Biblia, de la que se dice que se la sabía de memoria.



Finalmente, un día, Fernando ve realizado su gran deseo y es ordenado sacerdote. De esta manera, de ahora en adelante podrá ayudar a la gente a amar a Jesús y a crecer en la fe y en la caridad. El pequeño caballero de antaño, que era servido suntuosamente en su palacio, se convierte ahora en el servidor de todos. Fernando irradia felicidad.



Nombrado hospedero del convento, Fernando recibe a todos los visitantes por igual. Tanto a los altos dignatarios como a los pobres mendigos que le llaman a la puerta. A todos les ofrece su sonrisa y hospitalidad. Pero donde se siente más cerca de Jesús es al lado de los pobres: le encanta servirles una buena sopa caliente y atenderlos con amabilidad.



Sin embargo, algunos religiosos de origen noble vivían confortablemente en Coimbra, aceptando regalos y siguiendo sus caprichos, y no según la regla religiosa. Eso no es del agrado de Fernando, quien no los critica, pero se mantiene fielmente en su lugar, cumpliendo sus deberes con humildad y a conciencia.



Por aquellos días, pasan por Coimbra unos hermanos mendigos, llamados franciscanos. Viven voluntariamente en la pobreza, siguiendo la Regla del "Poverello" (pobrecillo), quien vive en la ciudad de Asís y se llama Francisco.



Un día, cinco de esos franciscanos se presentan en el convento de los agustinos, donde Fernando los acoge con alegría. Le hablan de sus deseos de cruzar el Atlántico para dirigirse a Marruecos, donde el cristianismo todavía no ha penetrado y de los peligros a los que tendrán que enfrentarse y le dicen que probablemente serán perseguidos, pero confían poder soportarlo todo con la ayuda de Jesús. Nada los detiene en su deseo de anunciar la Buena Nueva.





Tiempo después, Fernando se entera de que aquellos jóvenes franciscanos fueron torturados y asesinados en Marruecos.

Sus restos, llevados a Coimbra, fueron enterrados en el claustro de los agustinos. A Fernando le impresiona mucho su desaparición. ¡Habían partido con tanta ilusión...!

Todo eso hace que surjan en Fernando deseos de hacerse franciscano como ellos. Tiene sed de evangelizar los países paganos, sed de hablar de Jesucristo, a quien todavía no conocen en esas tierras. Quiere afrontarlo todo por Dios, atreverse a todo, aun a costa de su propia vida.





Después de una primera negativa y de muchas dudas, el superior le da su consentimiento. Un compañero se burla de él, diciéndole:

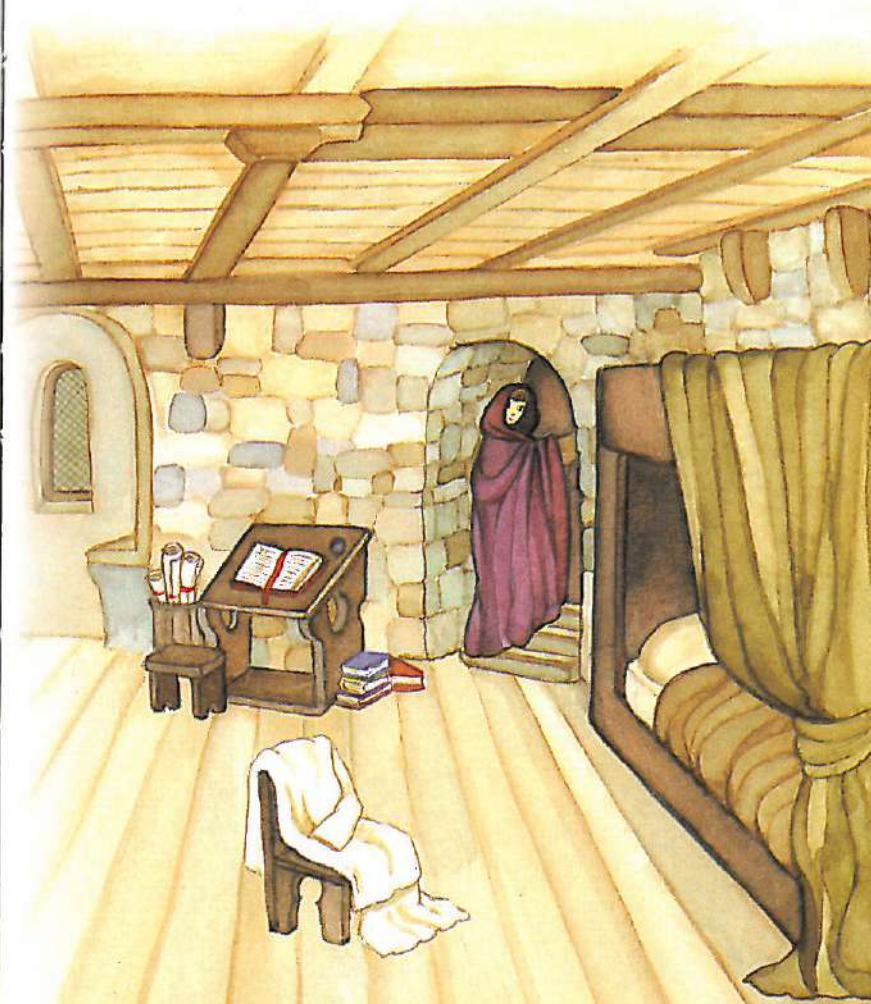
– ¿Así que quieres hacerte santo de golpe?

Y Fernando contesta con gran seriedad:

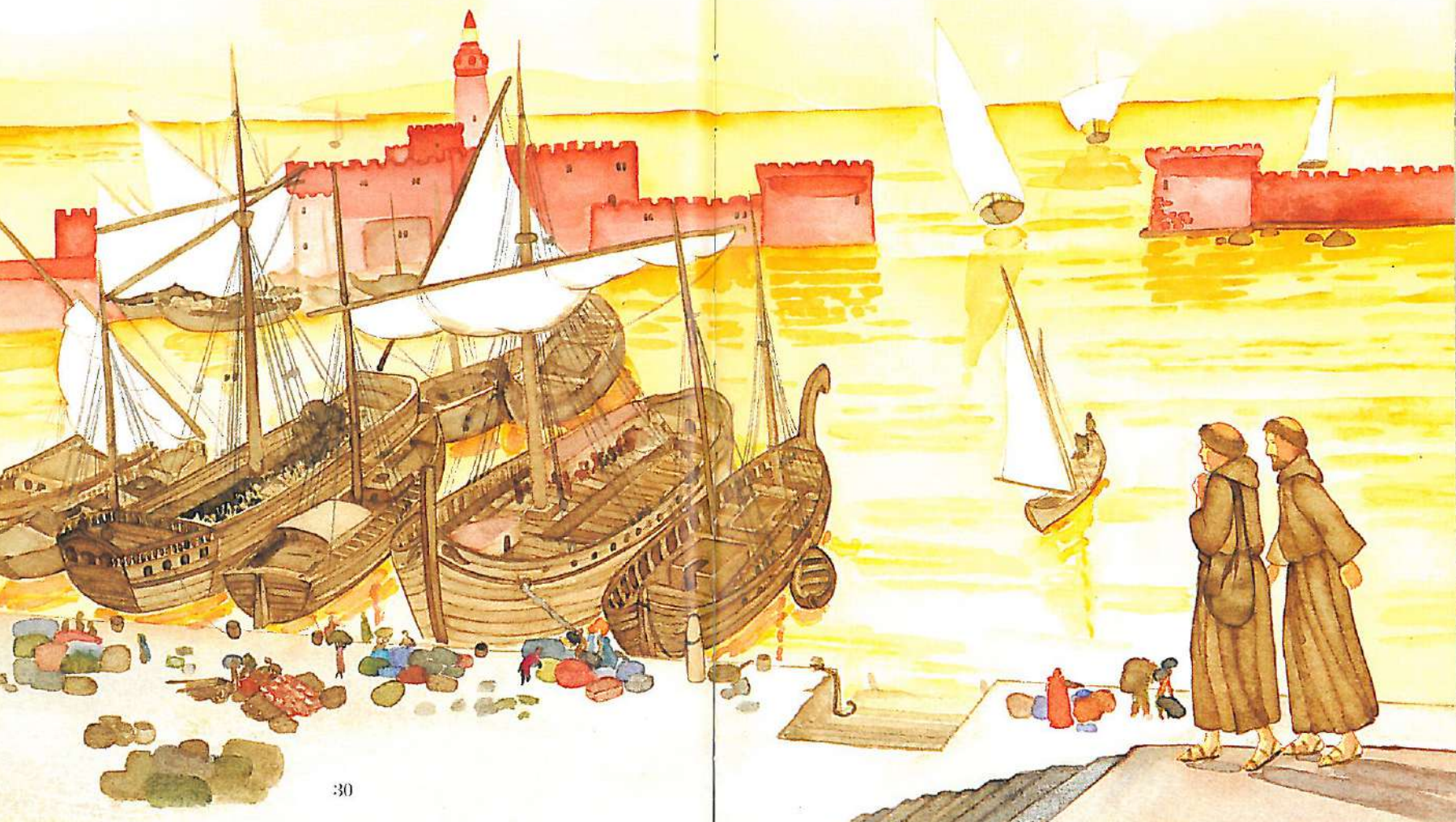
– Si fuera santo, tendría que dar gracias a Dios por ese don.

Se despide de su comunidad, se quita el hábito de los agustinos y se viste con el pobre sayal marrón de los “hermanos mendigos”. ¡Ya es hermano de san Francisco!

Al cambiar de vida, cambia también de nombre: desde entonces ya no se llamará Fernando, sino Antonio.



Antonio espera ir a Marruecos tan pronto como pueda, para continuar la obra de los cinco mártires que conoció en Coimbra. Sus nuevos superiores, sintiendo que su vocación misionera es muy seria, lo dejan ir con otros franciscanos. Les espera un largo y difícil viaje...



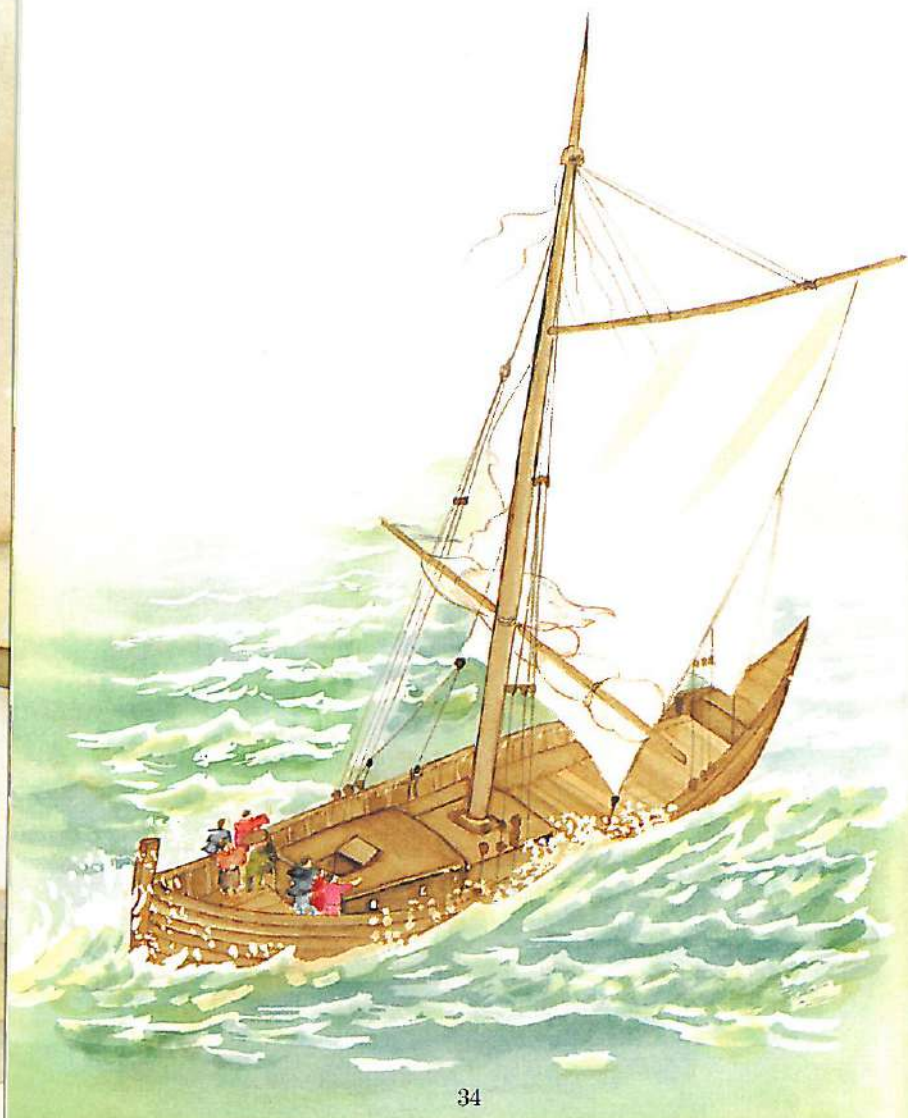


Por fin, Antonio logra su meta: ¡ya está en Marruecos...! Lamentablemente, cae muy enfermo con fiebre muy alta. Sus hermanos le brindan todos los cuidados posibles, pero está demasiado cansado y su salud no mejora. ¿Qué será de Antonio? ¡Estaba tan entusiasmado con dar testimonio del Evangelio!

Como no soporta el clima, ni la dura vida de misionero, le aconsejan que regrese a Portugal. Y así lo hace. Un año después de su llegada a Marruecos, Antonio vuelve a tomar el barco, ¡pero esta vez para regresar a su país! ¿Qué es lo que quiere de él el Señor?



El barco en el que viaja es presa de repente de una terrible tempestad. Las enormes olas y el fuerte viento llevan al barco hacia el este, de forma que, en vez de dirigirse a Portugal, la nave deriva hacia Sicilia, una isla al sur de Italia.



Cuando desembarca, aún está muy débil. Sus hermanos italianos lo rodean de cuidados y le ayudan a recobrar las fuerzas. De camino hacia el norte de Italia, Antonio se pregunta con frecuencia: "Dios mío, Señor de mi vida, quiero servirte con todo mi ser, pero ¿qué quieres de mí?"



Al enterarse de que un gran número de frailes franciscanos se van a reunir en Asís para hacer una asamblea general, Antonio se decide a asistir. Allí encuentra al fundador de la Orden, Francisco. Después de la reunión, los franciscanos regresan a sus respectivos conventos, pero Antonio no sabe adónde ir. Nadie lo conoce y nadie se preocupa por él.

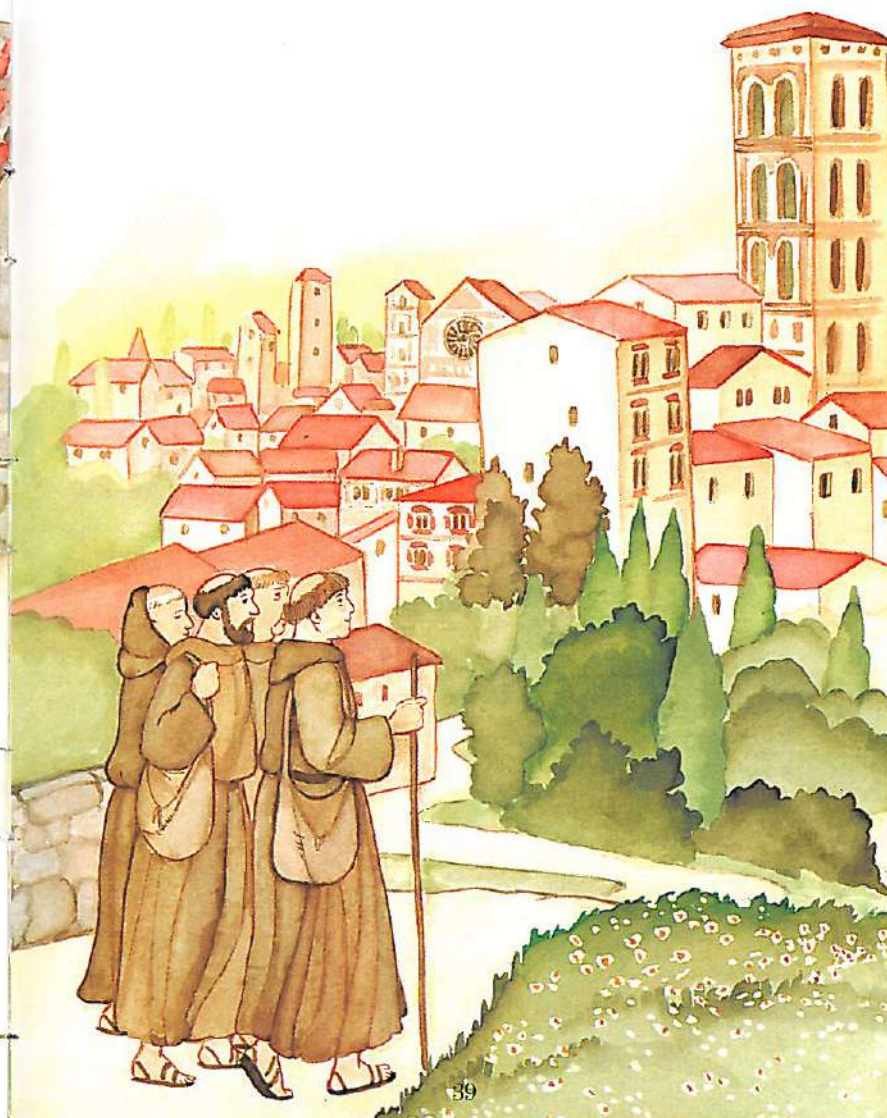


Junto con otros hermanos, lo envían a una ermita, en un paraje solitario. Allí lleva una vida sencilla y tranquila, hecha de oración, silencio y trabajos corrientes: friega los platos, limpia su celda, barre el patio...



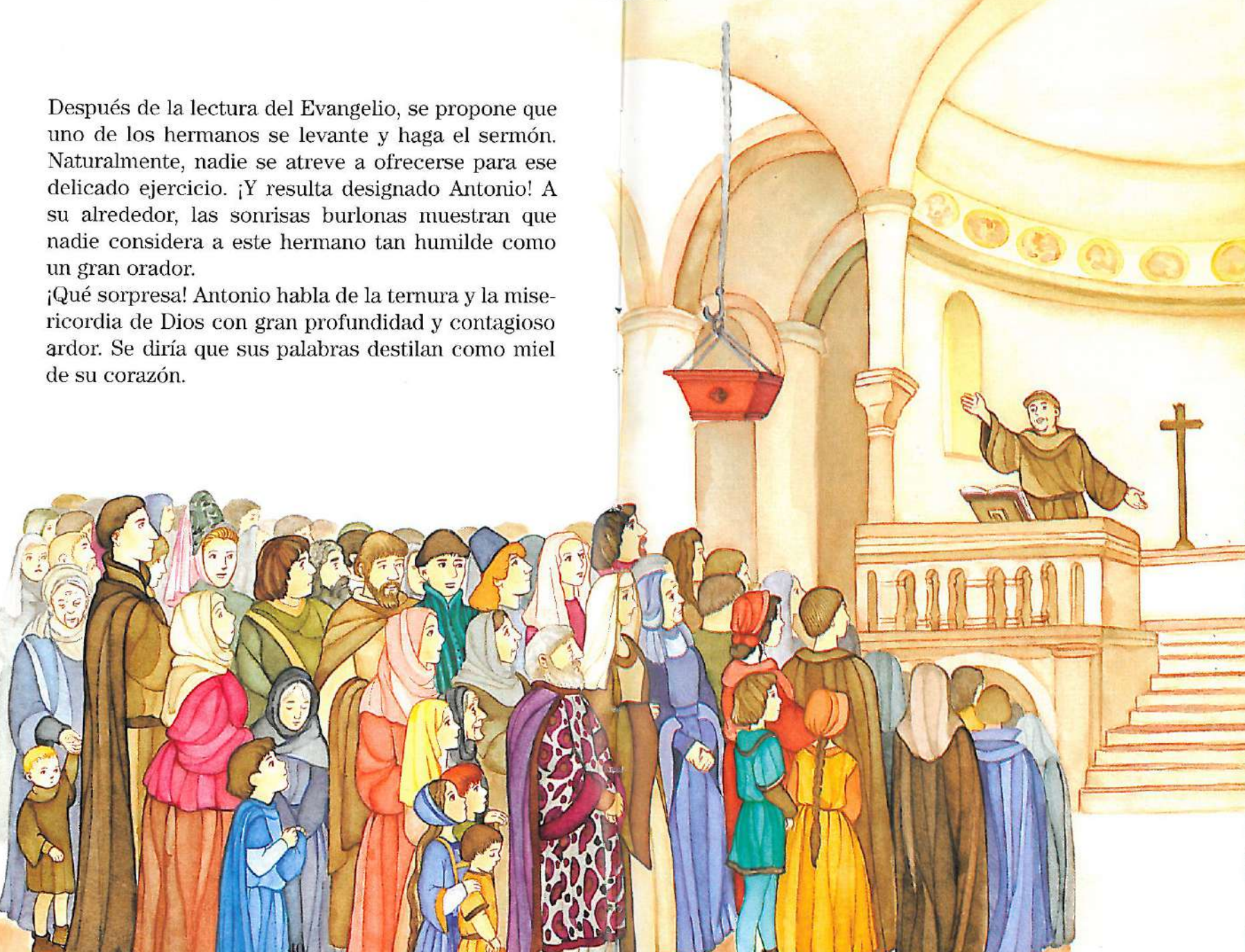
¿Quién iba a saber que este modesto hermanito, que cumple con las labores más humildes, es un sacerdote muy sabio?

Un día, Antonio va con sus compañeros a la cercana ciudad de Forlì para asistir a la ceremonia de la ordenación de nuevos hermanos. Para esa ceremonia se han reunido las más altas personalidades de la Iglesia y de la cultura.



Después de la lectura del Evangelio, se propone que uno de los hermanos se levante y haga el sermón. Naturalmente, nadie se atreve a ofrecerse para ese delicado ejercicio. ¡Y resulta designado Antonio! A su alrededor, las sonrisas burlonas muestran que nadie considera a este hermano tan humilde como un gran orador.

¡Qué sorpresa! Antonio habla de la ternura y la misericordia de Dios con gran profundidad y contagioso ardor. Se diría que sus palabras destilan como miel de su corazón.

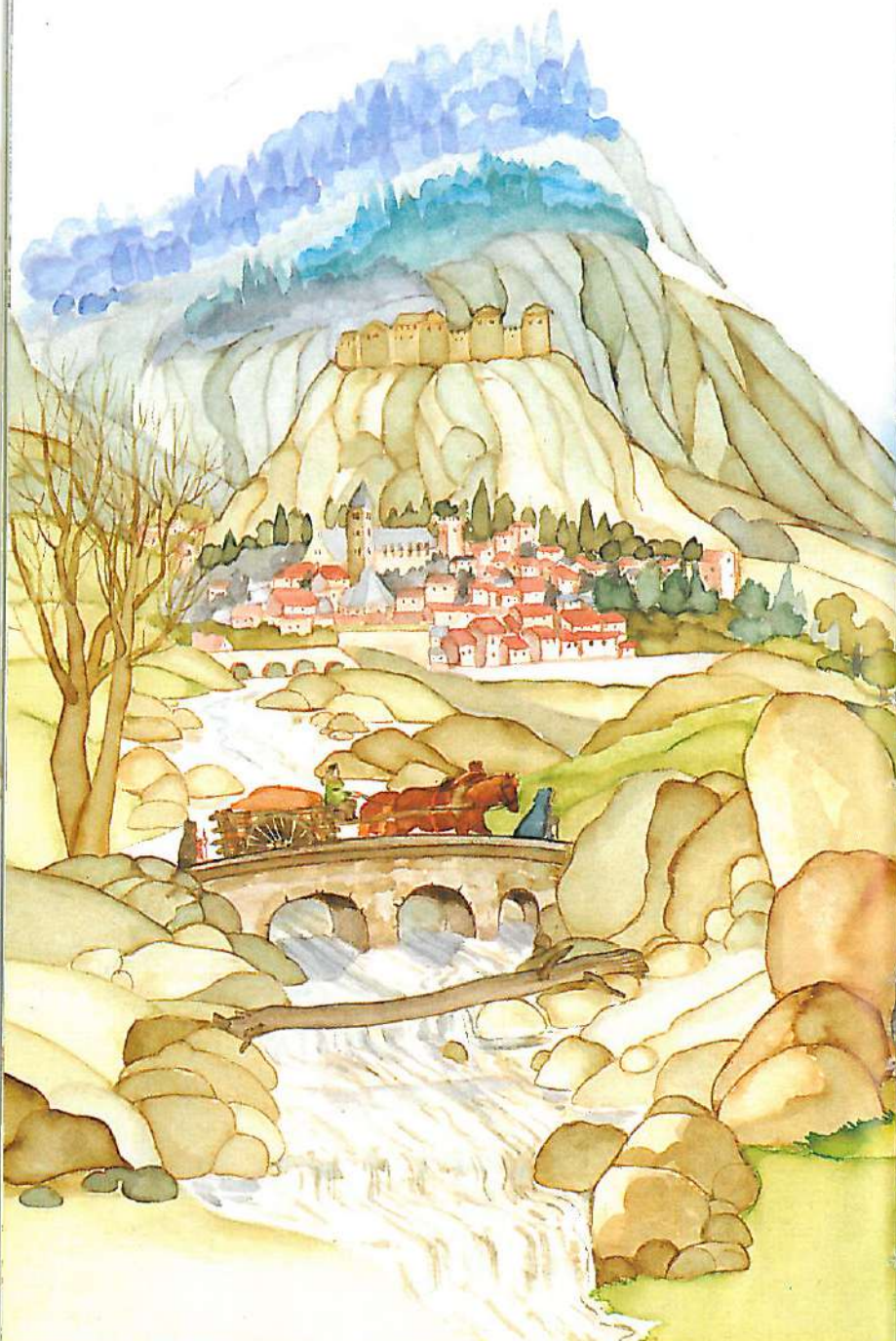




De esta manera, Antonio será designado poco después para predicar el Evangelio por todo el país. Hace largos viajes recorriendo Italia en cualquier estación del año, soportando el calor implacable del verano y las fuertes lluvias del invierno.

Por todas partes anuncia la palabra de Dios con alegría. A la gente le gusta tanto escucharlo, que se olvidan del hambre, de la sed, del cansancio. Su fama de "hombre de Dios" se va transmitiendo de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, y todos acuden a escucharle.





Pero Antonio abusa de sus fuerzas. Sin pensar en sí mismo, se entrega a Dios hasta el agotamiento. Durante largas horas escucha las alegrías y las penas de los cristianos que imploran la misericordia de Dios para sus pecados. El sabe adivinar sus remordimientos y transformarlos en agradecimiento a Dios. Tiene el don de leer en el corazón de los hombres.



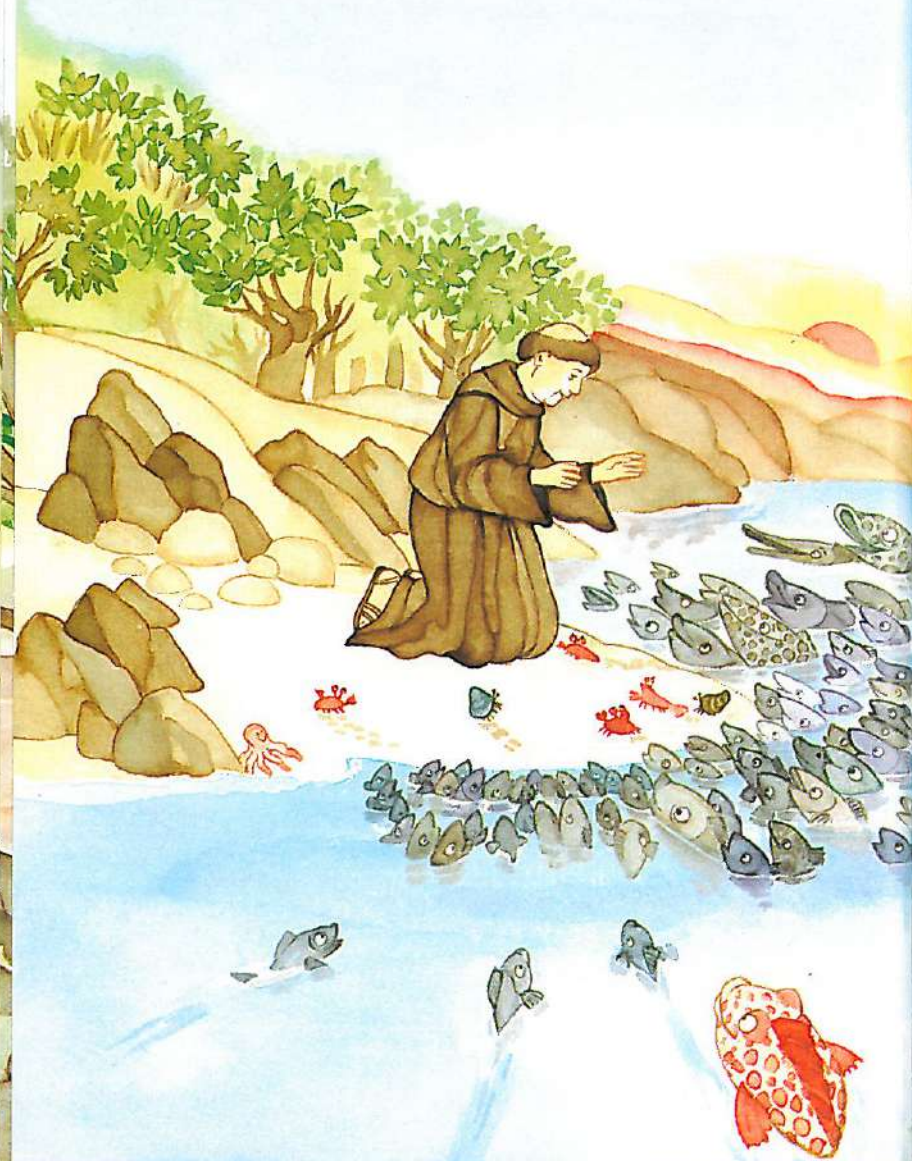
Con el tiempo, Antonio se convierte en amigo de todos, especialmente de los menos apreciados y de los pobres. Y pide a la gente que los ayuden.



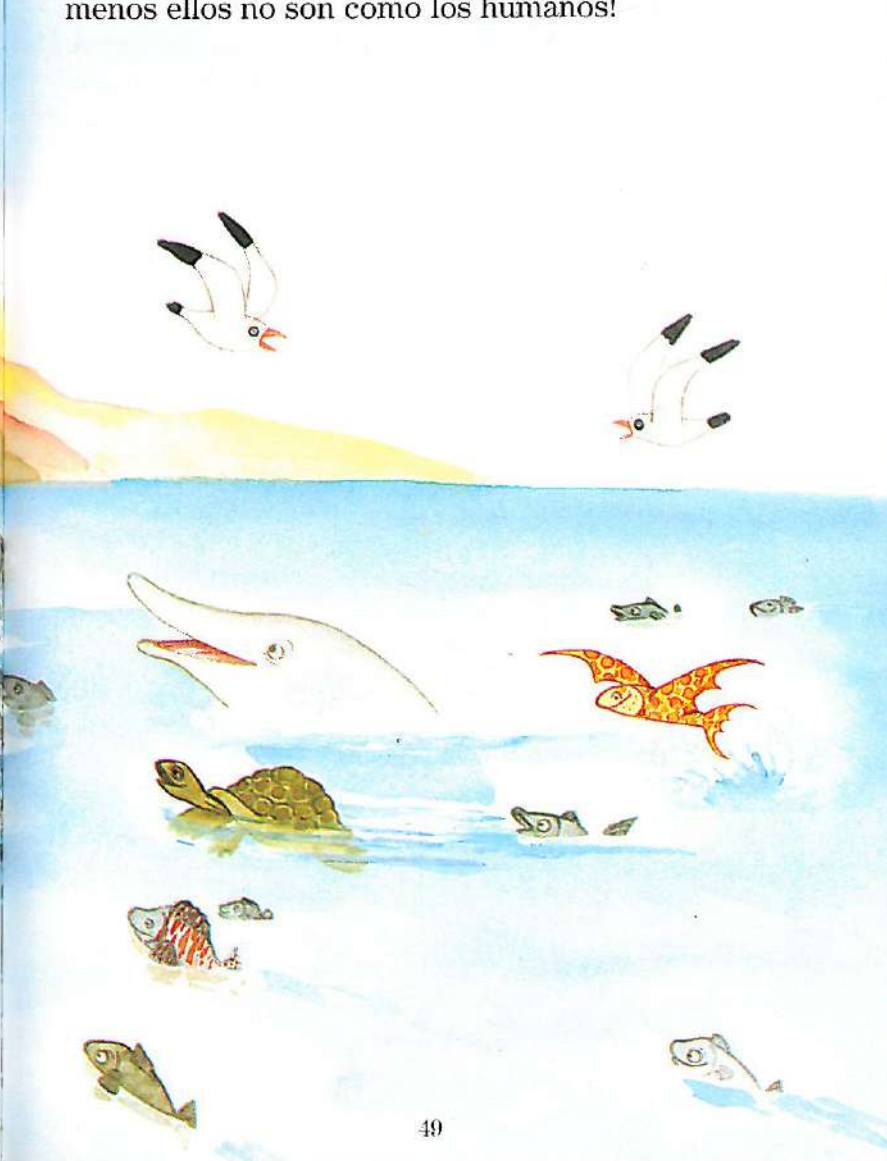
Es “el hermano de los pobres”, y no teme echar duras reprimendas a los poderosos que tratan al pueblo con dureza.



Pero Antonio no sólo tiene amigos. Hay incrédulos que se oponen a su mensaje de fe y conversión, y hay quienes buscan desacreditarlo. Incluso intentan envenenarlo.



Se cuenta que, un día, cansado de las críticas, sale de la ciudad y se va al mar, donde llama a los peces y les habla del amor del Creador. Ellos lo escuchan con atención y asienten con movimientos de cabeza. ¡Al menos ellos no son como los humanos!

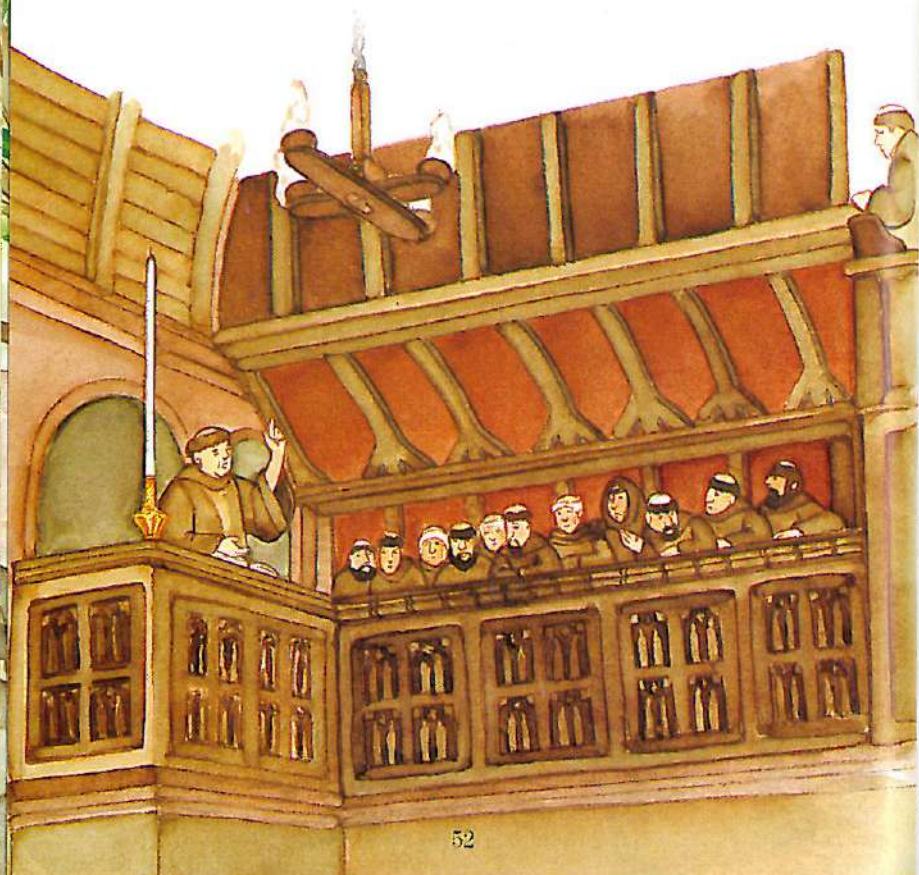


Otra historia nos habla de una apuesta entre Antonio y sus adversarios en el norte de Italia. Uno de ellos se decía que estaba dispuesto a creer en Dios a condición de que Antonio pasase por una prueba. Esta parecía tan difícil, que todos creían que perdería. Llevan ante un haz de heno a un asno hambriento, que no había comido en tres días, mientras por el otro lado Antonio avanzaba con el Santísimo Sacramento.

Sus enemigos pensaban que no lograría atraer al animal. ¡Y sucedió el milagro! El asno se arrodilló ante el Señor presente en la hostia, sin prestar atención a la comida.



Un día, le piden que vaya a Francia para enseñar en las universidades de Montpellier y Toulouse. Y allí predica hasta el agotamiento para liberar la región de las falsas ideas introducidas por las herejías de los albigenses.



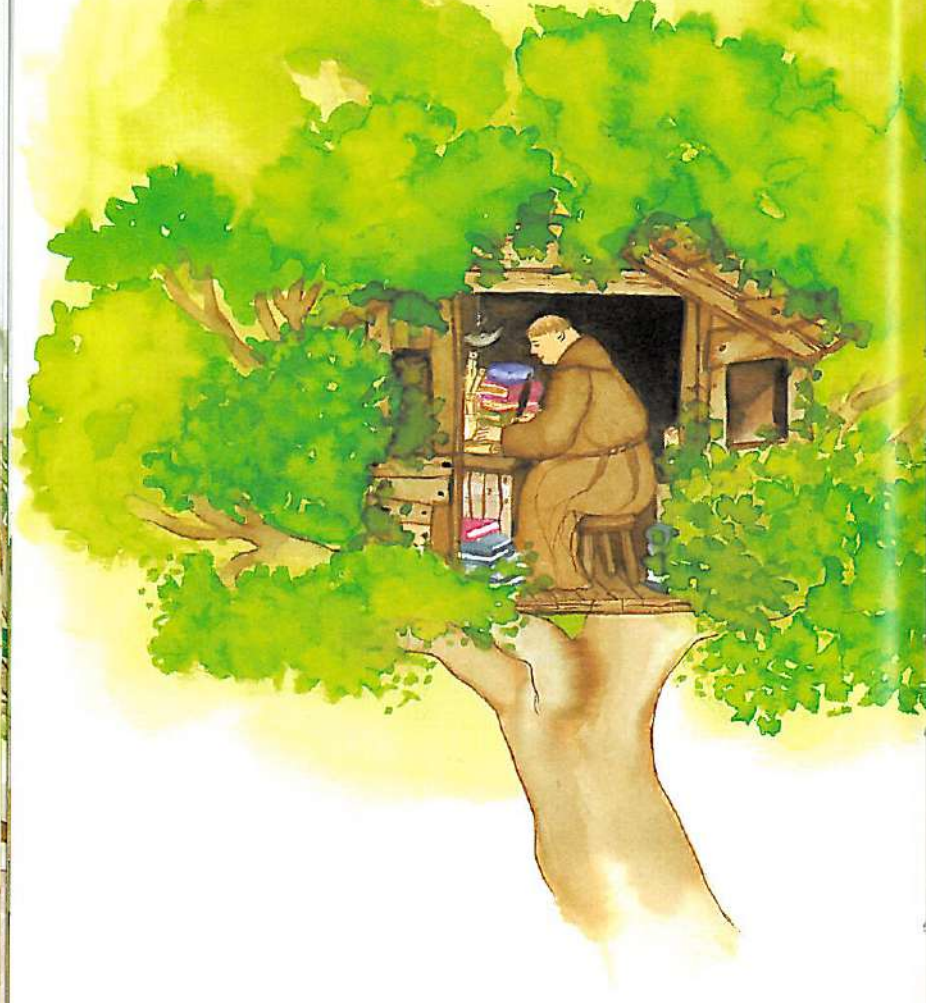
Tiempo después, le llaman de nuevo a Italia, pues ha sido nombrado superior de los franciscanos del norte de Italia. Allí se instala en Padua, en la región de Venecia, y predica hasta el límite de sus fuerzas en esa gran ciudad cuyo nombre quedará unido para siempre al de Antonio.



A pesar de ser todavía joven, Antonio se encuentra cansado por las largas caminatas y predicaciones. Ahora sólo aspira al descanso y al silencio.

Cuando, en 1231, se anuncia un caluroso verano, un bienhechor, el conde Tiso, le propone salir de la ciudad e irse a descansar en una pequeña ermita en el campo. Y allí se va con algunos hermanos.





Allí Antonio vuelve a encontrar el silencio y la soledad. Durante el día, para estar más fresco, se instala en una cabañita construida en un gran árbol de nogal. Sigue predicando y aconsejando, pero sobre todo rezando y meditando acerca de la esperanza de ver pronto en el cielo a nuestro Señor.

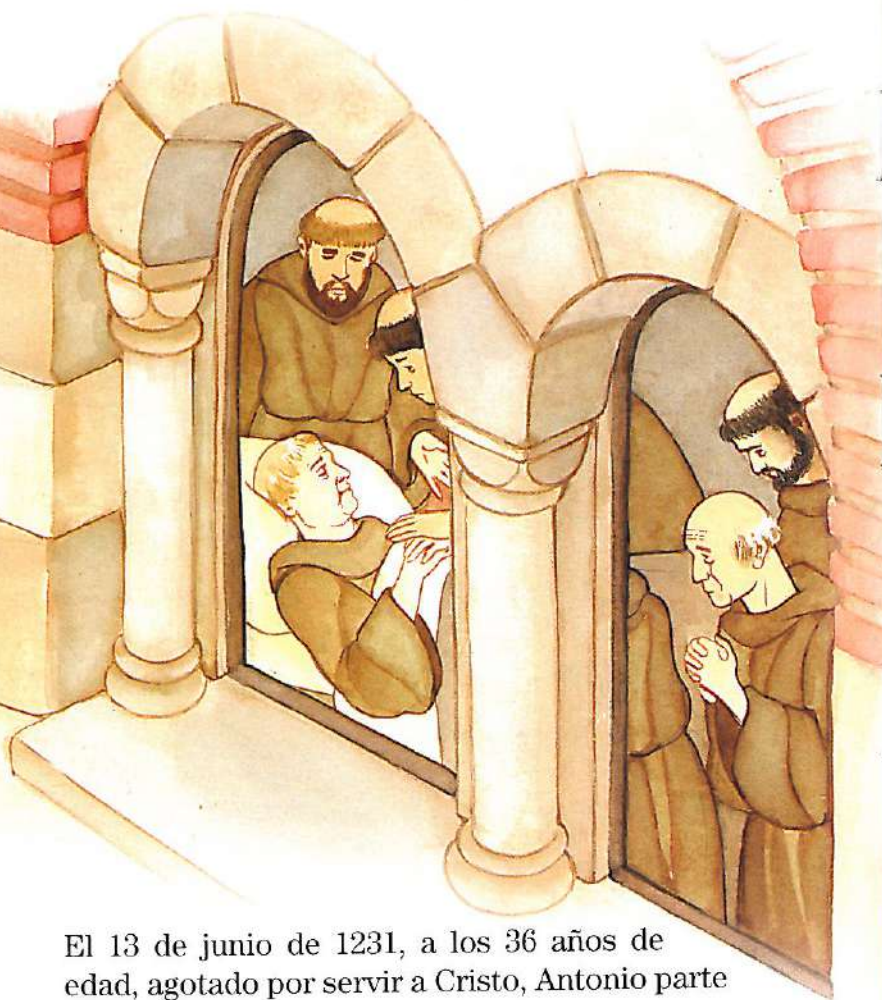
Un día, el conde Tiso es testigo de un suceso extraordinario. Ve a Antonio arrodillado ante el Niño Jesús, besándolo y pidiéndole que lo lleve pronto con él al paraíso. Antonio le dijo a su amigo que el Niño Jesús se le había aparecido en varias ocasiones mientras meditaba sobre la encarnación y la infancia de Cristo.



Poco después, Antonio se pone tan enfermo, que pide que lo lleven a Padua, pues quiere morir allí. Acostado en una carreta que lo sacude por aquellos caminos pedregosos, se acerca a Padua.



De pronto se siente tan mal, que sus compañeros detienen la carreta a las puertas de un convento. Antonio, rodeado de sus hermanos franciscanos, recibe los últimos sacramentos. De pronto, su rostro resplandece, y exclama: ¡"Veo a mi Señor!"



El 13 de junio de 1231, a los 36 años de edad, agotado por servir a Cristo, Antonio parte para unirse a su Señor amado.

Trasladan su cuerpo a Padua, donde lo entierran en medio de una muchedumbre silenciosa que llora a su bienhechor. En las calles los niños corren y gritan: "¡Ha muerto el santo, nuestro santo!"





Sí. Para todos los que lo escucharon, Antonio era de verdad un santo.

Apenas un año después de su muerte, el papa Gregorio IX declaró su santidad. Su fiesta se celebra todos los años el 13 de junio. Desde Padua, el culto a san Antonio se extiende por todas partes. Se puede decir que es “el santo de todo el mundo”. Hoy en día, san Antonio está presente en todas partes, y no sólo como memoria o modelo.